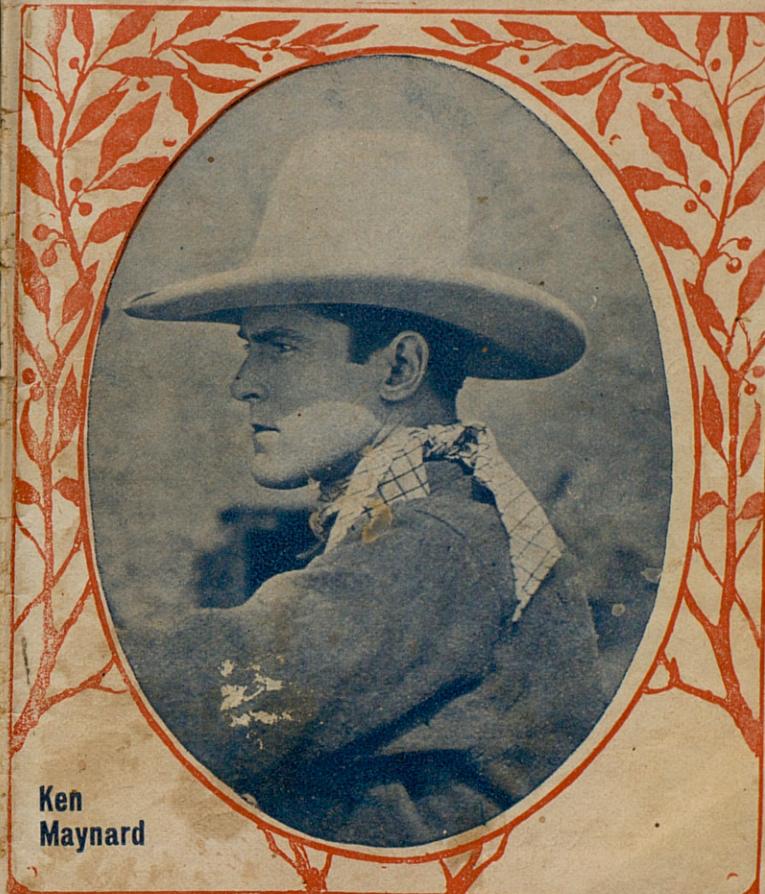


Biblioteca-Films

N.º 214 **El Gavilán de la Pradera** 25
CTS.



Ken
Maynard

Antonio Martín
35 aniversario de la
Cineoteca del ABC

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
VALENCIA, 284

Centro de Repartos de Publicaciones:
BARBARÁ, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.
BARCELONA

Núm. 214

APARECE TODOS LOS MARTES

■ REVISADO POR LA CENSURA FEDERAL ■

THE DEMON RIDER 1925

El Gavilán de la Pradera

Adaptación de la película del mismo
título, interpretada por el gran actor

KEN MAYNARD

.....
E X C L U S I V A

Vilaseca y Ledesma, S. A.

Vía Layetana, 53 Barcelona

.....

REPARTO

Jorge Dennis. Ken Maynard

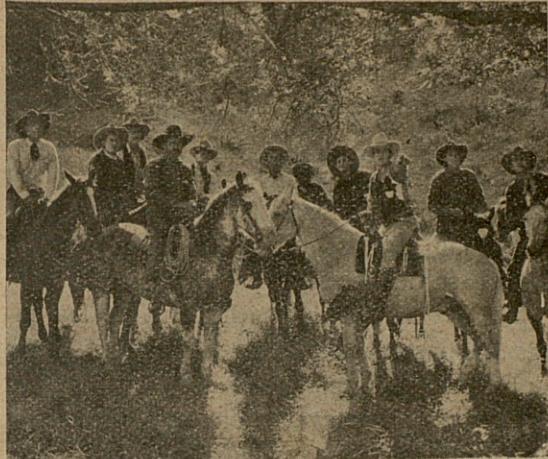
ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Por la carretera que conduce al silencioso pueblo de Moning, situado en pleno Oeste, se dirigía la diligencia que a diario unía a esta población con la capital. En medio del camino se hallaba el hermoso rancho de Barclay, célebre por sus caballos y por la hidalguía de su dueño.

No era esta solamente la fama del rancho, sino que también debía su renombre a cierta banda de ladrones que capitaneados por un tal "Gavilán", cometían rapiñas de ganados y robos de todas clases, sin que las continuas persecuciones hubieran dado hasta la fecha el menos resultado provechoso.

Como decimos, en un principio, la diligencia se dirigía aquel día desde la capital hacia Moning, portadora de una gran cantidad



La banda de "Gavilán" esperaba apostada su paso.

de dinero y la banda del "Gavilán", que había recibido el "soplo", esperaba apostada su paso para apoderarse de los valores que transportaba.

En efecto, al volver un recodo del camino, salieron de su escondite, y, pistolas en manos, detuvieron la diligencia, se apoderaron del dinero y desaparecieron entre la espesura de la selva.

Cubiertos los rostros por grandes pañue-

los, nadie pudo reconocer a aquellos individuos; sin embargo, un jinete descubrió el paso de los bandidos, y espoleando su caballo, llegó hasta el rancho. Era Jorge Dennis, el capataz del rancho Barclay, un hombre del Oeste, fuerte y valeroso, cuyo gran placer consistía en desafiar al peligro.

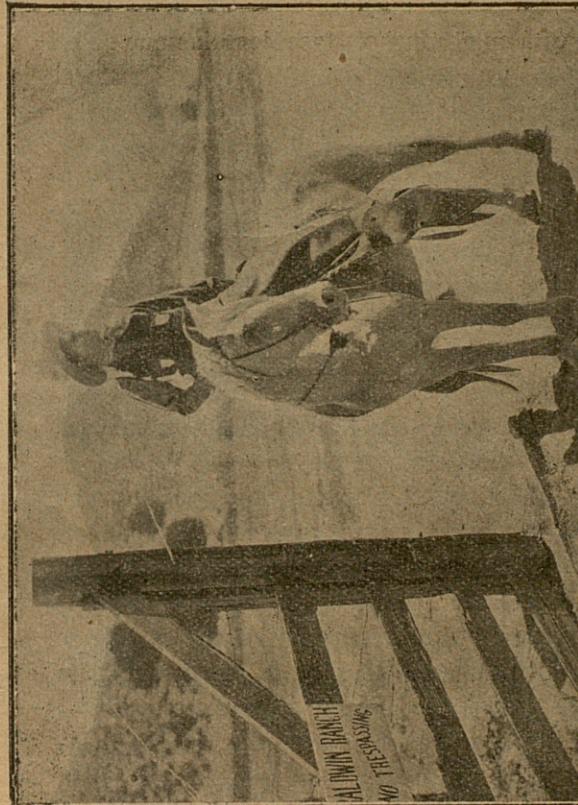
Cuando llegó al rancho, llamó a la puerta de la casa del "sheriff" y le dijo:

—El "Gavilán" ha hecho otra de las suyas.. Al pasar por aquí, he visto que huía con su banda y creo que no será por nada bueno.

—Vamos á buscar a London y que él nos preste algunos de sus hombres para darle caza de una vez a ese maldito bandido—respondió el "sheriff".

Samuel Barclay, era el dueño del rancho que llevaba su nombre y durante sus pequeñas ausencias, Flora Barclay, la hija del ranchero, una preciosa joven, por quien Dennis suspiraba más de una vez, tomaba la dirección del rancho y sostenía las riendas de aquellos dominios con mano firme y segura.

Cuando llegó el "sheriff" y su acompañante, la joven salió a recibirlos y cuando se enteró de su petición contestó:



Un jinete descubrió el paso de los bandidos.

—Lo siento mucho, "sheriff", pero papá no está en el rancho. Hace dos días que se ha marchado a la ciudad a cobrar del Banco el dinero que necesita para pagar a los hombres.

—Indudablemente, tiene suerte ese maldito bandido—exclamó el "sheriff"—. Una vez que casi lo tenemos en nuestro poder se nos escapa impunemente.

—¡Eso nunca! —repuso la muchacha—. Aunque mi padre no está aquí, yo sé que mis hombres cumplirán lo mismo mis órdenes si los envío en persecución de ese malhechor.

Y para demostrar que era cierto cuanto decía le dijo a su capataz:

—Vaya usted a reunir los hombres que crea necesarios y yo misma los acompañaré.

Mientras tanto, en la espesura del bosque la banda del "Gavilán" se repartía "equitativamente" el producto del robo y el jefe se guardaba para él un saquito que contenía un buen puñado de monedas de oro y billetes.

El dueño de aquel dinero era, desgraciadamente, el padre de Flora, que volvía con la paga de sus hombres.

Al verse detenido por los bandidos no intentó oponer la menor resistencia, convencido



— "El Gavilán" ha hecho otra de las suyas.

de que era inútil y les entregó la cantidad que acababa de cobrar, sin la menor dificultad.

Al poco tiempo de salir del rancho, Dennis se había separado de sus amigos para seguir otra pista distinta y el "sheriff" le preguntó entonces a la joven:

—Flora, ¿está usted segura de la honradez de su capataz?

—Como de mi misma—repuso la muchacha—. Dennis es un hombre honrado y du-

rante todo el tiempo que lleva en el rancho jamás ha habido necesidad de reprocharle ninguno de sus actos.

—Me parece que habla usted con algún apasionamiento, Flora. Yo no estoy seguro de nada; pero me parece extraño que siempre que se ve al "Gavilán" sea él precisamente quien dé la voz de alarma.

—Esas son coincidencias y nada más—contestó la joven—. Además, es natural, puesto que Dennis está todo el día recorriendo nuestros terrenos.

—Así y todo no estoy del todo convencido de su honradez. Piense usted que Dennis es un forastero y que a nadie le ha querido decir su verdadero origen.

—Algún drama de familia que no quiere descubrir, le hará callar, "sheriff"—volvió a decir Flora—. No sea usted mal pensado y no vuelva a sospechar ni por un momento que Dennis pueda tener relación alguna con el famoso "Gavilán".

—Yo no creo que tenga relaciones, sino que casi estoy seguro de que el "Gavilán" y él son una misma persona.

Ajeno a la sospecha que había suscitado en

el ánimo del "sheriff", Dennis, mientras tanto, seguía una vereda desconocida de todos y se encaminaba hacia el lugar en que creía encontrar a la banda; pero, desgraciadamente, éstos lo descubrieron y, seguros de que tras él vendría toda la gente del rancho, huyeron, sin atreverse a hacerle cara.

Cuando llegó el "sheriff" con Flora y sus hombres encontraron a Dennis que les dijo:

—Ese cobarde bandido no se atreve nunca a dar la cara.

—Usted lo cree así?—le preguntó intencionadamente el "sheriff"—. Porque yo creo que la da demasiado y a veces puede salirle el tiro por la culata.

Dennis no podía comprender el verdadero significado de aquellas palabras y, por lo tanto, sin darle la menor importancia, se colocó al lado de Flora y empezó con ella una animada conversación.

De esta forma llegaron hasta el rancho y en él se encontraron a Samuel Barclay, que exclamó al verlos:

—¡El "Gavilán" nos ha asaltado en la carretera y me ha quitado todo el dinero que traía. Lo más raro del caso es que no ha re-

gistrado a nadie más que a mí. Se conoce que alguien le ha dado el soplo de que yo traía dinero.

Nuevamente por la imaginación del "sheriff" pasó la idea de que nadie que no fuese Dennis, podía estar al corriente del motivo por el cual el ranchero había ido a la población.

Sin embargo, como no tenía pruebas bastantes para poderlo acusar, esperó que se presentase la ocasión para hacerlo, sin temor a equivocarse.

SEGUNDA PARTE

Desde aquel día un sólo pensamiento se había fijado en la mente de Dennis, capturar al bandido para poder devolver al padre de Flora el dinero robado y hacer que de esta forma la muchacha correspondiera al cariño que por ella sentía.

Solo, sin más compañía que su caballo y su revólver, Dennis se pasaba todo el día en el

monte con la esperanza de poder encontrar un día u otro al bandido y hacerle pagar de una vez todas sus hazañas. Pero este deseo no se cumplía, sino que, por el contrario, empezaba a notar en el propietario del rancho cierta hostilidad, tan manifiesta, que no pudo por menos que quejarse a Flora, diciéndole:

—Desde hace días no sé lo que veo en su padre de usted, que parece que me trata con cierta indiferencia.

—No lo crea, Dennis, ya sabe usted que papá es así, y ahora mucho más cuanto que con la cantidad que le robaron el otro día le quitaron también una feurte suma que había cobrado por la venta del ganado de este año.

—Será como usted dice, Flora... Pero yo creo que se me vigila y que se duda aquí de mí, hasta el punto de que si no fuera por usted ya me habría marchado.

—No sea niño—exclamó la muchacha, envolviéndolo en una de sus ardientes miradas—. Ya sabe usted que aquí todos le queremos.

—¿Usted también?—preguntó rápidamente el capataz.

—Como todos. ¿Por qué no?

—No le he preguntado eso, le he preguntado que si usted me quiere; pero de otro modo.

No tuvo tiempo la muchacha de contestar, puesto que en aquel instante llegó su padre y al ver a su capataz hablando con su hija, le reprendió duramente, diciéndole:

—Me parece que estaría usted mejor vigilando el ganado y a los hombres que no aquí de palique con mi hija.

Dennis bajó la cabeza, sin atreverse a responder nada, pero Flora salió en su defensa, diciendo:

—No tienes por qué reprenderle, papá. En todo caso, es a mí a quien debes hacerlo, puesto que he sido yo quien le ha llamado para darle algunas órdenes.

—Está bien—respondió secamente el dueño—. Lo único que quiero es que no alargues demasiado estas conversaciones.

La actitud del dueño del rancho estaba justificada por las palabras del "sheriff", que había hecho suscitar en él la duda de qué su capataz y el "Gavilán" eran una misma persona.

Al principio, Barclay se negó a dar crédito

a las suposiciones del representante de la Ley, que para convencerlo le dijo:

—Puede usted estar seguro, Barclay, que su capataz no es lo que aparenta.

—Hasta ahora siempre me ha parecido un buen muchacho.

—Habrá sido a usted, porque lo que es a mí, desde el primer día que lo vi sospeché que se trataba de un individuo de mucho cuidado—insistió el "sheriff"—. La prueba es que a nadie le ha querido decir cuál es el lugar de su nacimiento, ni quién es su familia.

Aquel razonamiento lo hizo dudar y aquella misma tarde, cuando se encontró con Dennis, le preguntó:

—Dennis, me gustaría saber algo de su vida... ¿De dónde es usted?

—De bastante lejos, señor—repuso por toda contestación el capataz—. Ya sabe usted que cuando entré en su rancho lo hice con la condición de que a nadie le descubriría mi verdadera personalidad, de lo contrario no me hubiera quedado.

—Está bien, puede usted hacer lo que crea más oportuno—repuso con dureza Samuel, al ver la energética actitud de su capataz.

Los días pasaban sin el menor incidente y Dennis continuaba cada día más enamorado de Flora y buscando con mayor ahínco al "Gavilán".

Una nueva fechoría de éste lo puso sobre la pista.

Vió a un jinete que corría hacia la montaña y salió detrás de él, para darle alcance.

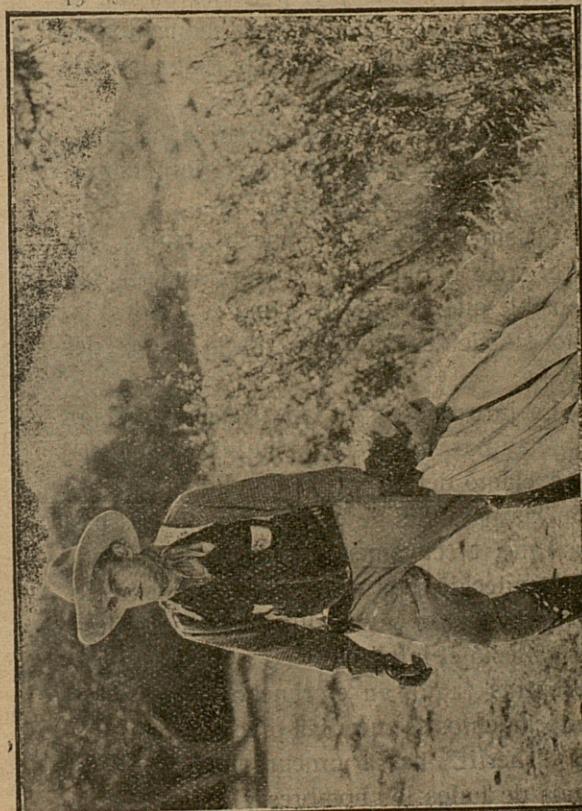
El primero, al verse perseguido, echó a correr con toda la velocidad que le permitía el caballo que montaba, pero con tan mala fortuna que un traspies del animal le hizo rodar por el barranco y caer sobre un río que serpenteara a la parte abajo del barranco. Aun cuando se trataba de un bandido, pues no le cabía la menor duda de que era así, Dennis bajó hasta donde estaba y lo sacó medio ahogado del río.

Una vez en la orilla, le preguntó:

—¿Dónde está tu jefe?

—Yo no tengo jefe ninguno—respondió a viva fuerza el bandido.

—No mientes—volvió a decirle Dennis—. Sé que tu jefe es el "Gavilán". Por lo menos en tus últimos momentos sé una vez sincero y leal y di la verdad.



Lo sacó medio ahogado del río.

Aquellas palabras y el próximo fin que el ladrón creía que le llegaba por momentos, le indujeron a redimir su alma de todas las faltas pasadas y confesó:

—El “Gavilán” tiene su guarida en montaña Rocosa, pero será inútil que lo persigas, porque lo protege el “sheriff”.

—¡Mientes!—gritó de nuevo Dennis, sin querer creer lo que aquel hombre decía—. No es posible que el “sheriff” haga eso. Además, es lo suficiente rico para no necesitar del robo.

—Le juro que es verdad... quiere arruinar a Barclay para casarse con su hija, a la fuerza—exclamó débilmente el bandido.

En las palabras de éste comprendió el capataz que, efectivamente, le decía la verdad, y compadecido por su estado lastimoso, lo dejó abandonado en la orilla donde poco después falleció el infeliz.

Mientras tanto, en el rancho Barclay los acontecimientos se sucedían precipitadamente.

El “sheriff” había procurado excitar los ánimos de todos los hombres y les decía:

—¡Amigos: estoy seguro de que el “Gavilán” es Dennis! Nuestra obligación es ha-

cerle que abandone estas tierras, donde nunca hubo bandidos hasta que él vino.

—¡Eso no es verdad!—gritó uno de los trabajadores del rancho—. Dennis no es capaz de semejante acción.

—¡Yo digo lo que este hombre!—exclamó Florencia—. Estoy segura de la inocencia de Dennis y respondo de él como de mí misma.

—¡Tú te callas!—exclamó el señor Barclay—. Estas son cosas de hombres y ninguna mujer debe meterse en estos asuntos.

—La prueba está en que todavía no ha venido desde ayer noche, precisamente cuando se ha cometido un nuevo robo.

Aquellas palabras hicieron que la mayoría de los hombres dudasen y el “sheriff”, viendo la partida ganada, siguió diciendo:

—... ¡y para que veáis que es verdad lo que digo, ya veréis como dentro de poco se presenta aquí, diciendo que ha visto al Gavilán” y a su partida.

No era solamente el “sheriff” quien procuraba excitar los ánimos de los hombres, sino que también había entre los trabajadores algunos cómplices suyos, quienes, cuando vieron que todos cedían ante las palabras del

"sheriff", exclamaron en ¡mueras!, que pronto secundaron los demás.

Aquella actitud levantisca intranquilizó un tanto a Florencia, que decidida a que Dennis no cayera en manos de sus enemigos, salió por la parte atrás del rancho, para encontrarlo antes que llegara a donde estaban los rancheros.

A los pocos minutos encontró la muchacha a su capataz y lo detuvo, diciéndole:

—¡No vaya usted al rancho!

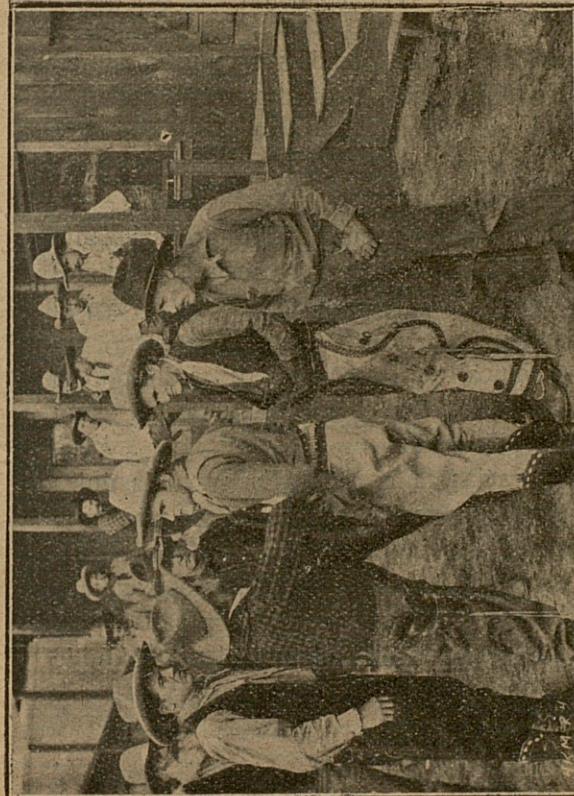
—¿Por qué?—preguntó él, extrañado.

—Porque el "sheriff" dice que usted es el "Gavilán" y quieren prenderlo—repuso la joven.

—No tema nada—replicó Dennis—. El "sheriff" es un hombre razonable y comprenderá en cuanto me vea de que está equivocado.

—No lo crea así. Todos los hombres le esperan a usted y no le dejarán ni que hable siquiera!... No vaya, hasta que no pueda demostrar que usted es inocente de todos esos crímenes que dicen que ha hecho—suplicó Florencia, casi llorando.

En ninguna ocasión, por difícil que fuera,



— Eso no es verdad.

havía visto Dennis que Florencia se amilanase y, sin embargo, ahora, tan sólo por el temor de que le prendiesen, aquella mujer, que siempre había demostrado una voluntad férrea, sentía que sus fuerzas le faltaban y lloraba solamente por la idea de que él fuese prendido.

En un acto de profundo agradecimiento atrajo hacia sí a la muchacha y le preguntó:

—¿Y usted, no cree que pueda ser yo el “Gavilán”?

—Nunca creí tal cosa. A pesar de todo lo que he oído estoy segura de que usted es un hombre honrado.

—Gracias, Florencia. Es usted la única persona que se ha interesado por mi suerte y jamás lo olvidaré.

Y entre los dos jóvenes, llenos de esperanzas en un mañana que ellos esperaban próximo, posó sus alas el caprichoso chiquillo del amor.

TERCERA PARTE

El “sheriff”, una vez que había visto la disposición en que se encontraban todos los hombres, creyó la hora de obrar rápidamente, y le dijo a Barclay:

—Estoy seguro de que no solamente es un ladrón su capataz sino que, además, cortea a su hija para apoderarse del dinero que usted tiene.

—¡Eso no sucederá nunca!—repuso el ranchero—. Primero soy capaz de matarla que consentir semejante disparate.

El taimado “sheriff” aprovechó este momento para expresar sus deseos y le dijo:

—La verdad, Barclay, yo creí que usted era consciente en esa boda y, por lo mismo, no le he dicho nada, pero ahora que conozco sus propósitos voy a revelarle los míos. Yo quiero de veras a Florencia y para mí sería una dicha el que pudiera llegar a ser mi mu-

jer. Usted sabe que soy lo suficientemente rico para no anhelar su fortuna...

Barclay quedó por un momento en suspense y después respondió:

—“Sheriff”, nunca me he querido meter en estos asuntos del corazón y si mi hija acepta, por mi parte encantado con que forme usted parte de mi familia.

No necesitó mucho tiempo el “sheriff” para poderse dar cuenta de que si bien tenía ganado todo el terreno por parte del padre, en cambio, lo había perdido por el lado de la hija, puesto que algunas horas después venía ésta de despedirse de Dennis y al verla se acercó a ella y le dijo:

—Me alegro mucho de encontrarla a usted sola, porque lo que le tengo que decir es una cosa para la cual sobran los testigos.

—Creo que todo lo que usted pueda decírmelo carece para mí de todo interés y bien puede decírmelo delante de todo el mundo— respondió secamente Florencia, haciendo además de alejarse; pero nuevamente la detuvo su pretendiente diciéndole:

—¿Cree usted que nada de lo que le diga puede interesarle?

—Estoy segura de ello.

—¿Y si le dijera que su padre acaba de otorgarme su mano?

—Pues le diría sencillamente que no le creo. Mi padre es incapaz de hacer un ofrecimiento como ese sin haber antes consultado conmigo.

—Entonces, cuando llegue a su casa, puede usted preguntárselo, para que vea que le digo la verdad.

No quiso Florencia seguir aquella embarazosa conversación y sin responder a las últimas palabras del representante de la Ley, se alejó hacia su casa, mientras que aquél exclamaba interiormente, a la vez que la veía marchar:

—Muy orgullosa eres, pero poco he de poder si no te domo como a un potro salvaje.

Dennis, desde que se enteró que lo perseguían como al célebre bandido, no cesó un momento en su afán de encontrar la cueva de aquél para desenmascarar al “sheriff”.

Además, el drama que durante tanto tiempo venía amargando su vida, estaba seguro de que quedaría vengado de esta forma.

La causa por la que Dennis no había que-

rido decir nada de su procedencia merece una pequeña explicación y es la siguiente:

Se trataba de una historia vulgar, una de tantas historias de amor en la que la víctima por regla general venía a ser la pobre mujer.

Allá en sus tierras Dennis vivía con su madre y una hermana a la que quería con locura. Los primeros años de la niñez pasaron para los dos hermanos entre risas y alegrías, sin que la menor sombra de desgracia viniera a alterar la felicidad que gozaban.

Pero, un día, se presentó un individuo de la ciudad y con sus galanteos y sus frases bonitas logró conquistar el ingenuo corazón de la muchacha y ésta, segura de que las promesas que le hacía eran verdaderas, huyó con él, dejando una carta que decía:

“Querida mamá y hermano: Siento mucho la pena que os ha de causar mi decisión; pero me voy con el hombre que mi corazón ha elegido para esposo. Estoy segura de que seré feliz con él, lo mismo que os lo desea vuestra hija y hermana, que nunca os olvidará,

MARY.”

Aquella carta fué el golpe decisivo para la pobre vieja, que murió algunos días después bendiciendo el nombre de la hija ausente.

Pasó el tiempo y la espina que Dennis llevaba clavada en el corazón se acentuó aun más con una nueva carta de su hermana en la que le daba cuenta del abandono en que le había dejado el malvado que se la llevó, y le pedía amparo en su triste soledad.

Le faltó tiempo a Dennis para correr en su auxilio; pero cuando llegó era ya demasiado tarde. Su hermana había muerto y solamente pudo saber que el hombre que la había perdido se llamaba Roberto Closter.

Por un retrato que encontró entre los objetos de la muerta e indagando de uno a otro lado, pudo seguir su pista. Mas al llegar al rancho Barclay desapareció por completo y desde entonces no supo nada de él.

Siguiendo las instrucciones que le dió antes de morir el cómplice del “Gavilán”, se encaminó aquella noche a la guarida de éste por uno de los barrancos que circundaban la montaña, dispuesto a apoderarse de él, aun cuando tuviera que perder la vida en la arriesgada empresa que se proponía llevar a cabo.

Como un reptil que se arrastra para recoger su presa así fué caminando Dennis hasta el lugar en que se encontraban los bandidos y cuando estuvo cerca de ellos sacó el revólver y de un salto cayó sobre ellos.

Cogidos de aquella manera tan imprevista, ninguno tuvo tiempo de defenderse y tal como los tenía encañonados los hizo salir al campo.

La primera parte de su hazaña parecía estar terminada, pero, sin embargo, le quedaba, como vulgarmente se dice, "lo más duro de pelar", que era el hacer cantar al "Gavilán" para poder desenmascarar al "sheriff".

CUARTA PARTE

Uno a uno los fué haciendo salir de su escondite, y cuando estuvieron en pleno campo, montó sobre su caballo y los condujo hacia la ciudad.

Desde el primer momento había reconocido en el jefe de los bandoleros al hombre causante de su desdicha, y exclamó:

—Por fin he podido encontrarte, Roberto Closter. Creo que de esta fecha no se te ocurrirá engañar más mujeres.

—Todavía no puedo decirte nada—respondió cínicamente el bandido—. Tienes un revólver en la mano y con un arma todos nos sentimos muy valientes.

—Siento mucho no poder acceder a lo que pretendes, pero conozco tus intenciones y no dejaré la pistola hasta que te haya hecho cantar la verdad que sabes y que tanto me interesa.

El "sheriff" deseaba a toda costa terminar aquel asunto y había reunido a sus hombres y a los de Barclay y juntos habían salido en busca de Dennis para apoderarse de él seguros de que se trataba del verdadero "Gavilán".

—Estoy seguro de que caerá en nuestro poder esta misma noche. Conozco ya su guarida y mientras que los hombres de usted atacan por la parte baja de la montaña, usted y mis hombres podemos ir por un pasaje secreto y apoderarnos de él—propuso el "sheriff".

Nadie se dió cuenta de la jugarreta, y mo-

mentos después Barclay, los hombres del "sheriff", éste y Florencia entraban por una angosta cabaña.

En sentido contrario al que llevaba Dennis venían los hombres del rancho y el bandido, comprendiendo que no tenía más salvación que la de huir, intentó hacerlo.

Dennis salió detrás de él dispuesto a apoderarse a toda costa de aquel hombre que era el único que podía salvarlo del deshonor, pero uno de los rancheros al verlo huir disparó sobre él y Roberto cayó bañado en sangre.

Llegaron en aquel momento los hombres de Barclay y el bandido, viendo que la muerte se le acercaba por momentos, confesó cuanto sabía, delante de todos los rancheros, diciendo:

El único culpable de todos los robos ha sido el "sheriff". Yo sólo he obrado por mandato suyo.

—¿Dónde está el "sheriff"?—preguntó ansiosamente Dennis.

—Nos ha engañado!—exclamaron los vaqueros—. Ha ido con su gente al barranco para capturar al "Gavilán",

—¡Muchachos!—gritó Dennis—. Si estás más a vuestro amo corred conmigo para poder llegar a tiempo.

En efecto, cuando llegaron a la guarida de los bandidos, el "sheriff", para obligar a Florencia a que accediera a ser su mujer, había amarrado a una roca a su padre y se entretenía en disparar contra él, sin hacer que las balas llegaran a rozarle.

Comprendió Dennis que era expuesto el presentarse delante del bandido, y dando un gran rodeo cayó por detrás sobre él, imposibilitándolo para poder disparar.

—¡Por fin te tengo en mi poder!—exclamó el capataz—. Conque yo soy el "Gavilán"?

—No necesito saber quién eres. Lo único que sé es que pronto vendrán mis hombres y pagarás cara tu osadía.

—Es inútil que los esperes; tus hombres están en poder de los vaqueros y han confesado todo.

Y dirigiéndose al dueño del rancho le dijo:

—Señor Barclay, este hombre quería a toda costa ser el marido de su hija y por eso procuraba a toda costa arruinarlo. El dinero

que le robaron en la diligencia lo recuperé yo y lo tengo en mi poder.

Barclay le tendió las manos y comprendiendo lo injusto que había sido para con aquel hombre, exclamó:

—Muchacho, te ruego que me perdes todo el mal que haya podido hacerte. Sé que amas a mi hija y desde este momento te considero como hijo mío.

.....

Aquella noche la luna parecía brillar con más fuerza que nunca y su plateado resplandor alumbró las cabezas de dos jóvenes que se amaban con locura y que confundían sus almas enamoradas en largo beso apasionado.

PROXIMO NUMERO

Bebiendo los vientos

Original y última creación del simpático vaquero

TOM TYLER

y su fiel compañero **Chispita**

¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Todos los aficionados al séptimo arte leerán el ya famoso

***Almanaque
Biblioteca Films***

1928

que, en sus páginas a dos colores, contendrá

Artísticas fotografías a todo color.

Biografías de artistas.

Novelas cinematográficas a recientes producciones.

Indiscreciones y secretos de los "estudios".

Foto-retratos a varias tintas sobre rico papel couché.

Portada a todo color.



Precio popular: 1 pta.

OTRO GRANDIOSO EXITO EN
Las Grandes Novelas de la Pantalla
(LA PRIMERA NOVELA CINEMATOGRAFICA)

Jaque a la Reina

Novela de emoción y misterio, cuya trama de vibrante interés y sugestivo asunto amoroso llamará la atención



Magna interpretación de los artistas
Mme. Dullin, Charles Dullin y Pierre Blanchard

Precio: 1'50 PESETAS

DIRIJA USTED LOS PEDIDOS A
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado

Pathé Cinema
Pathé Palace
Reina Victoria
Salón Miria



Los salones de las
grandes exclusivas
preferidos por el
público elegante.